

LA HECHICERA. ¡He ahí una canción! cantadla alguna vez, y experimentaréis singulares efectos.

MEFISTÓFELES, á *Fausto*. Ven pronto y déjate conducir : es necesario que traspases para que la virtud del licor obre interior y exteriormente. Luego, te haré apreciar las delicias de una noble ociosidad, y bien pronto secretísimos transportes te harán reconocer la influencia de Cupido, que revolotea alrededor del mundo por la azulada atmósfera.

FAUSTO. Deja que todavía dirija hacia ese espejo una ligera mirada. ¡Era tan bella aquella imagen de mujer!

MEFISTÓFELES. ¡No, no! Vas á ver al momento el modelo de las mujeres, pero con vida, y delante de ti. (*Aparte*). Con esa bebida en el cuerpo, verás una Helena en cada mujer que encuentres.

SEGUNDA PARTE

Una calle.

FAUSTO, MARGARITA *de paso*.

FAUSTO. Hermosa señorita, ¿me atreveré á ofreceros mi compañía y mi brazo?

MARGARITA. Yo no soy ni señorita ni hermosa, y puedo muy bien ir á mi casa sin que nadie me acompañe. (*Se separa y huye.*)

FAUSTO. ¡Vive el cielo! es una niña bellísima : en mi vida he visto nada semejante : parece tan honesta y tan virtuosa, y tiene al mismo tiempo un no sé qué tan gracioso ! ¡Jamás olvidaré ni sus labios de rosa, ni el brillo de sus mejillas ! ¡Cómo bajaba los ojos ! ¡ah ! se ha grabado profundamente en mi corazón : ¡con qué ligereza se ha separado !... ¡me ha trastornado ! (*Mefistófeles se adelanta.*)

FAUSTO. Escucha, es menester darme la posesión de esa joven.

MEFISTÓFELES. ¡Eh ! ¿cuál?

FAUSTO. La que acaba de pasar.

MEFISTÓFELES. ¡Aquella ! Venía de junto á su confesor, que la ha absuelto de todos sus pecados. Yo me iba deslizando entre los dos : es muy inocente : va á confesarse por nada : no tengo ningún poder sobre ella.

FAUSTO. Pues tiene más de catorce años.

MEFISTÓFELES. Habláis como Juan el Cantor, que codicia las más bellas flores, y piensa adquirir honor y favor, sin merecerlo. Mas no sucede siempre así.

FAUSTO. Señor dómine, dejadme en paz: y os lo digo pronto y claro: si esta tarde no estrecho en mis brazos á esa joven encantadora, esta noche nos separamos.

MEFISTÓFELES. Imaginad alguna cosa factible, necesitaría lo menos quince días tan sólo para acechar la ocasión.

FAUSTO. Siete horas y el auxilio del diablo, ¿ me serán inútiles para seducir una criaturita semejante?

MEFISTÓFELES. Ya habláis casi como un francés: sin embargo, os suplico que no os enfadéis. ¿ De que sirve esa ansia de gozar? El placer es mucho menor si de antemano, y con todo género de baratijas, no componéis y adornáis por vos mismo vuestra pequeña muñeca, como sucede en muchos cuentos galos.

FAUSTO. Sin eso tengo apetito también.

MEFISTÓFELES. Pues sin invectivas ni burlas, os digo desde ahora para siempre, que no se puede ir tan de prisa con esa hermosa niña. Es necesario no usar con ella ninguna violencia, y debemos atenernos á la astucia.

FAUSTO. ¡ Ve á buscarme alguna cosa de ese ángel, llévame al lugar en que reposa! ¡ tráeme un pañuelo cualquiera que haya cubierto su seno, una cinta siquiera de mi adorada!

MEFISTÓFELES. Vais á ver cómo quiero realmente calmar vuestra pena: no perdamos un instante; desde hoy os conduciré á su aposento.

FAUSTO. ¿ Y yo podré verla, poseerla?

MEFISTÓFELES. No: ella estará en casa de una vecina. Sin embargo, podréis, esperando vuestra dicha futura,

embriagaros cuanto queráis con el aire que habrá respirado.

FAUSTO. Partamos.

MEFISTÓFELES. Aun es temprano.

FAUSTO. Procurame, pues, un presente para ella. *(Se va.)*

MEFISTÓFELES. ¿ Regalos ya? ¡ bueno! He ahí el medio de adelantar. Yo sé de muchos sitios muy buenos, y de muchos tesoros enterrados: voy á pasarles revista. *(Se va.)*

Al anochecer.

(Una pequeña alcoba bien arreglada.)

MARGARITA, *trenzándose el cabello.* Daría cualquier cosa por saber quien era el caballero de esta mañana: tenía, por cierto, la mirada noble, y su cara dejaba ver que era de familia distinguida... sino, no hubiera sido tan atrevido. *(Sale.)*

MEFISTÓFELES. ¡ Entrad! ¡ pero despacio!

FAUSTO, *después de algunos instantes de silencio.* Te lo ruego, déjame solo.

MEFISTÓFELES. No todas las jóvenes tienen tanto orden y aseo. *(Sale.)*

FAUSTO, *mirando alrededor* ¡ Bien venido, dulce crepúsculo que alumbras este santuario. Embarga mi corazón, dulce pena de amor, que en tu impotencia aspiras el perfume de la esperanza! ¡ Cómo respira aquí todo, el silencio, el orden, y el contento! ¡ Qué abundancia en medio de esta escasez! ¡ Qué felicidad en este calabozo! *(Se echa sobre un sillón de cuero cerca del lecho.)* ¡ Oh! ¡ recíbeme tú, que has tenido en tus brazos abiertos, generaciones llenas de alegría y de tristeza! ¡ Ah! ¡ Cuántas

veces un tropel de niños se habrá suspendido alrededor de este trono paternal! Acaso, recordando al Cristo, mi querida, rodeada de una familia joven, habrá besado aquí, la temblorosa mano de su abuelo. Siento vagar en derredor de mí, ¡oh hermosa niña! tu espíritu de orden, ese espíritu que regula tus días como una tierna madre, que te enseña á tender aseadamente el tapete sobre la mesa, y á notar hasta los átomos del polvo que bajo tus pies se mueve. ¡Oh mano tan cara! ¡tan divina! Por tí se hace rica como el cielo una cabaña. Y allí... (*Alza una colgadura del lecho.*)! Qué delicias crueles se apoderan de mí! Yo podría pasar en este sitio horas enteras. ¡Naturaleza! aquí inspiras á ese ángel tus sueños encantadores. Aquí reposa esa niña, cuya sangre palpita con una vida nueva; y aquí, con un temor santo y puro, se formaba esa imagen de Dios.

Y tú, ¿quién te ha conducido aquí? ¿De qué sentimientos te encuentras agitado? ¿Qué quieres aquí? ¿Por qué se oprime mi corazón? ¡Desgraciado Fausto, ya no te reconozco!

¿Será un vapor encantado lo que aquí me rodea? Me siento ávido de placeres, y me dejo llevar de sueños amorosos; seremos el juguete de cada viento?

¡Si entrase en este momento!... ¡Cómo te haría latir el corazón tu falta! ¡Qué pequeño sería el grande hombre! ¡Cómo caería confundido á sus pies!

MEFISTÓFELES. Pronto, que ya la veo.

FAUSTO. Vamos, vamos, no vuelvo más aquí.

MEFISTÓFELES. He ahí una cajita bastante pesada que he cogido en cierto sitio: metedla en el armario, y os juro que le trastornará el juicio. Os doy esa poca cosa, á fin de adquiriros otra: es verdad que un niño es un niño, y un juego es un juego.

FAUSTO. Yo no sé si debo...

MEFISTÓFELES. ¿Podéis preguntarlo? ¿Pensáis quizás en conservar el tesoro? En ese caso, aconsejo á vuestra avaricia que me ahorre trabajo y tiempo, que es tan caro. No espero veros jamás tan sensato: y en vano para eso me rasco la cabeza y me estrego las manos... (*Metela cajita en el armario y lo cierra.*) ¡Vamos, venid pronto! Queréis atraer una joven á vuestros votos y á vuestros deseos, y héos ahí plantado como si fueseis á entrar en una audiencia, y como si la física y la metafísica en persona se hallasen frente á vos. Vamos... (*Salen.*)

MARGARITA, con una lámpara. ¡Qué espeso y sofocado está aquí el aire! (*Abre la ventana.*) Y fuera no hace tanto calor. Y yo estoy no sé como. Desearía que mi madre no volviese. Siento un temblor por todo el cuerpo... ¡Qué! me asusto íntimamente. (*Empieza á desnudarse cantando.*)

Hubo un rey en la Thulea,
Á quien legó su querida
Una rica copa de oro,
De su amor memoria fina,

Era un tesoro de encantos,
Que conservaba su dicha,
Y cuando bebía en ella,
Sus ojos se humedecían.

Viendo cercana su muerte,
Hizo de todo partija;
Pero exceptuó la copa,
Recuerdo de tanta estima.

Convidó un día á su mesa
Á la nobleza más digna,
La que atenta le observaba,
Como toda su familia.

De repente se levanta
Y á su balcón se aproxima:
Bebe, y arroja la copa
Al mar que debajo había.

Las negras olas al punto
Se la escondieron altivas:
El Rey inclinó su frente...
No bebió más en su vida.

(*Abre el armario para colocar sus vestidos, y ve la caja.*)

¿Cómo se ha metido aquí esta hermosa cajita? Yo había cerrado perfectamente este armario. Esto me pasma; ¿qué contendrá? Puede ser que la haya dejado alguien como prenda, por algo que mi madre habrá prestado. Tiene una llavecita pendiente de una cinta. Así puedo abrirla sin indiscreción. ¿Qué es esto? ¡Dios del cielo! En mi vida he visto nada semejante. Un adorno... con que una gran señora se honraria en un día de fiesta. ¡Qué bien me estaría esta cadena! ¿De quién será tanta riqueza? (*Se adorna, y se acerca al espejo.*) ¡Si tan siquiera estos arillos fueran míos! esto os da otro aire muy diferente. ¡Ay muchachas! ¿de qué os sirve la belleza? Esto es bello y bueno; pero sin esto, si se os alaba, es casi por piedad. Todo va tras del oro; del oro todo depende. ¡Ah! ¡qué desgraciadas somos!

—
Un paseo.

FAUSTO, *paseándose pensativo.*

MEFISTÓFELES, *acercándose.* ¡Por todo amor desdeñado! ¡por los elementos del infierno! quisiera saber donde está lo más odioso que ya puedo maldecir.

FAUSTO. ¿Qué tienes que así te turba? no he visto nunca una facha parecida.

MEFISTÓFELES. Me daría al diablo ahora, si no lo fuese yo.

FAUSTO. ¿Se ha desbaratado alguna cosa en tu cabeza, ó es que te divierte jurar como un desesperado?

MEFISTÓFELES. Considera, pues, esto: un clérigo ha atrapado el aderezo ofrecido á Margarita... Su madre toma el objeto para verlo, y esto principia á causarle un secreto disgusto. La señora es de largas narices, y está comiéndose incesantemente sus libros de oraciones, y oliendo uno después de otro cada mueble, para ver si es santo ó profano. Habiendo conocido, en vista de las alhajas, que allí no estaba todo bendito: «Hija mía, exclamó, bienes injustamente adquiridos esclavizan el alma y queman la sangre: consagrémoslo todo á la madre de Dios, y ella nos regocijará con el maná del cielo!» La pobre Margarita hizo un gesto bastante significativo, y lo que es regalado, pensó, es bueno siempre: y, en realidad, el que tan diestramente ha traído esto aquí no puede ser un impío. La madre mandó venir un clérigo, el cual, no bien oyó una palabra del negocio, cuando fijó toda su atención en la cajita, y le dijo: «¡Divinamente pensado! el que vence sus sentidos, no puede menos de ganar en ello. La Iglesia tiene muy buen estómago, ha devorado países enteros, sin que por eso se haya indigestado nunca. Sólo la Iglesia, mis buenas señoras, es capaz de digerir un bien mal adquirido.»

FAUSTO. Ese es su objeto principal, como el de los judíos y los reyes.

MEFISTÓFELES. Cargó con collares, cadenas y arillos, como si no fuesen nada, no dió más gracias que si llevara un canastillo de nueces, les prometió los dones del cielo... y ellas quedaron edificadas.

FAUSTO. ¿Y Margarita?

MEFISTÓFELES. Está sentada, inquieta: no sabe lo que quiere, ni lo que debe querer: piensa continuamente en la cajita, y más aún en quien se la ha llevado.

FAUSTO. El pesar de mi querida me hace sufrir: ve

volando á buscarme otra cajita : la primera no tendría ya tanto valor.

MEFISTÓFELES. ¡Si, sí! para este caballero todo es fácil.

FAUSTO. Haz lo que voy á decirte: pégate á la vecina, sé un diablo, y no un niño, y tráeme un nuevo regalo.

MEFISTÓFELES. Sí, gracioso señor, con mucho gusto. (*Aparte.*) Un loco semejante, enamorado, sería capaz de sacaros en un instante el sol, la luna y las estrellas para diversión de su bella. (*Sale.*)

—————

La casa de la vecina.

MARTA, *sola*. Dios se lo perdone á mi caro marido, no ha hecho nada por mí: se ha ido por el mundo, y me ha dejado sola en la desgracia. No será por lo que le he atormentado, que bien lo sabe Dios, no he hecho más que quererle con toda mi alma. (*Llora.*) ¡Puede que ya se haya muerto! ¡Ay! ¡Si siquiera tuviera su partida de entierro!

MARGARITA, *entra*. ¿Señora Marta?

MARTA. ¿Que quieres, Margarita?

MARGARITA. Apenas me tengo en pie: he encontrado en mi armario un nuevo cofrecito, de la misma madera, y con cosas, por todos estilos, más ricas que las del primero.

MARTA. Es necesario no decírselo á tu madre, que volvería á dárselo á su confesor.

MARGARITA. Pero ¿no veis? ¿no os admira?

MARTA, *adornándola*. ¡Dichosa criatura!

MARGARITA. Tan pobre como soy, no me atrevería á presentarme en la calle, ni en la iglesia.

MARTA. Ven á verme con frecuencia, y aquí te probarás en secreto estos adornos, y con ellos te podrás pasear una hora delante del espejo : siempre nos dará mucho gusto; y si en seguida se presenta una ocasión, una fiesta, se enseñará á la gente todo esto un después de lo otro. Primero una cadena, luego un pendiente. Tu madre no sospechará de nada, y se le fraguará algún cuento.

MARGARITA. Pero ¿quién ha podido traer aquí esas dos cajitas? Parece un milagro. (*Llaman.*)

MARTA, *mirando por el ventanillo*. Es un caballero extranjero. ¡Entrad!

MEFISTÓFELES, *entra*. Os suplico me dispenséis la libertad que me tomo de llegar hasta aquí. (*Se inclina ante Margarita.*) Desearía hablar á la señora Marta Swerdlein.

MARTA. Soy yo, ¿qué me queréis?

MEFISTÓFELES, *en voz baja*. Ahora os he conocido : esto me basta : tenéis una visita de importancia : dispensadme mi atrevimiento : volveré por la tarde.

MARTA, *muy contenta*. ¿Ves, hija mía, lo que es el mundo? este caballero te toma por una señorita.

MARGARITA. Yo no soy más que una pobre : ¡ay Dios! este caballero me hace demasiado favor; estos adornos no son míos.

MEFISTÓFELES. No consiste en los adornos; tenéis un aire, una mirada tan fina... me alegro poder hablaros.

MARTA. ¿Que decís pues? Desearía...

MEFISTÓFELES. Quisiera ser portador de una noticia menos triste; mas espero que no lo llevaréis á mal : vuestro marido se ha muerto, y me ha mandado saludaros.

MARTA. ¿Se ha muerto? ¡pobre corazón mío! ¡Oh cielos! ¡mi marido se ha muerto! ¡Ay! yo me caigo

MARGARITA. ¡Ah! mi querida señora, no os desespereís.

MEFISTÓFELES. Escuchad el trágico suceso.

MARTA. Sí, contadme su fin.

MEFISTÓFELES. Yace en Padua, enterrado cerca de San Antonio, en tierra santa; para reposar en ella eternamente.

MARTA. ¿Y no me traéis nada?

MEFISTÓFELES. Sí, por cierto, una súplica grave y necesaria; y es que hagáis decir por él trescientas misas: por lo demás, mis bolsillos están vacíos.

MARTA. ¡Qué!; ni una medalla!; ni una alhaja! Lo que todo artesano por pobre que sea guarda cuidadosamente, y reserva como un recuerdo, aunque se muera de hambre, aunque tenga que mendigar.

MEFISTÓFELES. Señora, eso me es doloroso en extremo; pero no ha despilfarrado su dinero: además, se ha arrepentido de sus faltas, sí, y ha deplorado aún mucho más su infortunio.

MARGARITA. ¡Ah!; ¡Por que serán tan desgraciados los hombres!; ¡Oh, sí! voy á hacer decirle algunos *Requiem*.

MEFISTÓFELES. Sois digna de entrar pronto en el matrimonio, sois una niña muy amable.

MARGARITA. ¡Ah! no deseo eso todavía.

MEFISTÓFELES. Sino un marido, un novio: sería el mayor beneficio del cielo tener en brazos un objeto tan adorable.

MARGARITA. Eso no se usa en el país.

MEFISTÓFELES. Que se use ó no, lo mismo puede hacerse.

MARTA. Continúad vuestra relación.

MEFISTÓFELES. Me senté al lado de su lecho de muerte, que era, poca menos que de estiércol, de paja medio

podrida. Mas murió como un cristiano, reconociendo sus faltas. « ¡Cómo debo detestarme, exclamó, cómo debo detestarme cordialmente por haber abandonado así mi estado y mi mujer!; ¡Ah!; ¡este recuerdo me mata! ¿Me perdonará en esta vida?... »

MARTA, *llorando*. ¡Qué excelente marido!; ¡yo le he perdonado hace mucho tiempo ya!

MEFISTÓFELES. Mas, Dios lo sabe, ella tuvo más culpa que yo! »

MARTA. ¡En eso miente!; ¡Cómo!; ¡mentir al borde de la tumba!

MEFISTÓFELES. Si no me equivoco, bien mentía en su agonía. « Yo no tenía tiempo, decía, ni para hostezar: era necesario primeramente hacerla madre, y luego ganarle el pan... Cuando digo pan, es en el sentido más recto, y yo no podía comer mi parte en paz. »

MARTA. ¿Olvidió, pues, tanta fe, tanto amor?... ¿todos mis afanes?...

MEFISTÓFELES. No tal; se acordó mucho de eso. Y dijo: « Cuando partí de Malta, oré con ardor por mi mujer y mis hijos. Así me fué propicio el cielo, porque nuestro navío apresó una embarcación de transporte turca, que llevaba un tesoro del gran sultán, y fué la recompensa de nuestro valor, de lo que recibí, como era justo, mi buena parte. »

MARTA. ¿Y cómo?... ¿dónde?... ¿la habrá enterrado tal vez?

MEFISTÓFELES. ¿Quien sabe ahora adonde habrá ido á parar? Una hermosa señorita se apasionó de él, cuando, como extranjero, se paseaba alrededor de Nápoles: se condujo con él con grande amor y fidelidad, hasta tal punto, que aun á la hora de la muerte lo recordaba.

MARTA. ¡Bribón!; ¡ladrón de sus hijos!; ¡Es posible que

ni la necesidad, ni la miseria, hayan podido contenerle en tan escandalosa vida?

MEFISTÓFELES. ¿Que queréis? así ha muerto. Si yo fuese vos, le lloraría el año de costumbre, y trataría de conquistar otro nuevo tesoro.

MARTA. ¡Ay Dios! como él no hallaré otro tan fácilmente en este mundo. Es difícil que pueda existir un loco más encantador. Sólo que amaba tal vez excesivamente los viajes, las mujeres extranjeras, el vino extranjero, y todos esos malditos juegos de dados.

MEFISTÓFELES. Bien, bien; eso aun podía soportarse, si, por casualidad, os pasase otro tanto; yo os aseguro que, mediando esa cláusula, de muy buena gana haría con vos el cambio del anillo.

MARTA. ¡Oh! ¡cómo os agrada burlaros!

MEFISTÓFELES, *á parte*. Salgamos pronto: cogería la palabra al mismo diablo. (*Á Margarita.*) ¿Como está el corazón?

MARGARITA. ¿Qué me queréis decir con eso?

MEFISTÓFELES, *á parte*. ¡Buena, inocente niña! (*En alta voz*). Buenos días, señoras.

MARGARITA. Felices.

MARTA. ¡Oh! decidme, pues, antes de iros: yo quisiera saber positivamente, en donde ha muerto, y en donde está enterrado mi tesoro. Siempre he sido muy amiga del orden, y quisiera ver su muerte en los carteles.

MEFISTÓFELES. Sí, buena señora; la verdad se hace constar en todo país con dos testigos: aquí tengo un excelente compañero que le haré comparecer por vos ante el juez. Voy á buscarlo.

MARTA. ¡Sí, sí! dignaos hacerlo.

MEFISTÓFELES. Y que esta joven se halle también allí. Este es un bello muchacho, ha viajado mucho, y es con las señoritas sumamente cumplido.

MARGARITA Yo voy á tener vergüenza delante de ese caballero.

MEFISTÓFELES. Ni delante de ningún rey del mundo.

MARTA. Ahí, en mi jardín, esperaremos, pues, á estos caballeros.

—
Una calle.

FAUSTO, MEFISTÓFELES

FAUSTO. ¿Que hay? ¿Se adelanta? ¿se concluirá eso pronto?

MEFISTÓFELES. ¡Ah! ¡muy bien! os encuentro animadísimo. Dentro de poco tiempo será vuestra Margarita. Está tarde la veréis en casa de Marta, su vecina; ésta es una mujer que no pudiera escogerse mejor para desempeñar el papel de intercesora y gitana.

FAUSTO. Perfectamente.

MEFISTÓFELES. Sin embargo, se nos exigirá alguna cosa.

FAUSTO. Un servicio merece otro.

MEFISTÓFELES. Es preciso que certifiquemos como testigos, que los restos de su marido reposan judicialmente en Padua, en tierra santa.

FAUSTO. ¡Está bueno! pues ¿tendremos que hacer un viaje allá?

MEFISTÓFELES. ¡*Sancta simplicitas!* No es eso lo que hay que hacer: declarad y se acabó.

FAUSTO. Si nada tenéis de mejor, se frustró el plano.

MEFISTÓFELES. ¡Oh santo varón! ¿lo seréis por mucho tiempo? ¿Es ésta la primera vez que mentís? ¿No habéis dado definiciones de Dios, del mundo y de lo que pasa en él, de los hombres y de lo que dirige su cabeza, su pecho, con grande seguridad, descaro y firmeza de

corazón? y, si bien lo miráis, tendréis que confesar que sabiais tanto de eso como de la muerte de Sawyerlein.

FAUSTO. Eres y serás siempre un embustero y un sofista.

MEFISTÓFELES. Sí, si no hubiera otro mayor. ¿No vais mañana, con todo vuestro honor, á seducir á esa pobre Margarita, y á jurarle el amor más sincero?

FAUSTO. Y con todo mi corazón.

MEFISTÓFELES. ¡Muy bien! Y luego haréis juramentos de amor y de fidelidad eterna, de un pensamiento único y poderoso ¿Todo eso partirá también del corazón?

FAUSTO. Dejemos eso: sí, así es. Cuando para mis sentimientos, para mi ardor busco nombres, y no los hallo, que me lanzo al mundo con toda mi alma, que escojo las más ardientes expresiones, y que á este fuego en que me abraso le llamo sin cesar infinito, eterno, ¿es un engaño diabólico?

MEFISTÓFELES. No obstante, tengo razón.

FAUSTO. Escucha bien lo que voy á decirte. Te suplico que economices mis pulmones. El que quiera tener razón la tiene, siempre que posea una lengua. Y vente, que estoy harto de habladorías; si tienes razón, es porque prefiero callarme.

Un jardín.

MARGARITA del brazo de FAUSTO; MARTA, MEFISTÓFELES, paseándose.

MARGARITA. Bien conozco que este caballero me lisonjea: se rebaja para no avergonzarme. Los viajeros acostumbran á verlo todo con buenos ojos y con buen

corazón; y demasiado sé que un hombre tan sabio no puede encontrar placer en mi pobre lenguaje.

FAUSTO. Una mirada tuya, una sola palabra, me dice más que toda la sabiduría de este mundo. (*Le besa una mano.*)

MARGARITA. ¿Que hacéis?... ¿Cómo podéis besar mi mano? ¡Es tan tosca! ¿Que dejo de hacer en nuestra casa? Mi madre es tan económica... (*Pasan.*)

MARTA. ¿Conque viajáis siempre así?

MEFISTÓFELES. ¡Ah! nuestro estado y el deber nos obligan! ¡Con cuánto pesar no se aparta uno de ciertos lugares! Y sin embargo, no se atrevería uno á quedarse en ellos.

MARTA. En la fuerza de la edad nada importa que se recorra el mundo libremente. Pero en seguida llega la mala estación; y arrastrarse al sepulcro solo, en el celibato, es lo que nadie ha hecho todavía con placer.

MEFISTÓFELES. Con gran temor veo á lo lejos esa situación horrible.

MARTA. Por eso, señor mío, es menester que lo penséis á tiempo. (*Pasan.*)

MARGARITA. Sí, todo eso se va bien pronto de la imaginación. Lo decís porque sois naturalmente cortés; pero tendréis sin duda muchos amigos de más chispa que yo.

FAUSTO. ¡Oh querida mía! Eso que tanto se alaba y se realza con el nombre de chispa, no es otra cosa muchas veces, que tontería y vanidad.

MARGARITA. ¿Pues cómo?

FAUSTO. ¡Ah! ¿será preciso que la sencillez y la inocencia no sepan nunca conocerse á sí mismas y apreciar su santa dignidad? Que la humildad, la oscuridad, los dones más preciosos de la naturaleza benéfica...

MARGARITA. Pensad un momento en mí, que luego tendré yo mucho tiempo para pensar en vos.

FAUSTO. ¿Estás, pues, siempre sola?

MARGARITA. Sí. Nuestro ajuar es muy escaso, pero es menester cuidarlo. No tenemos criada y tenemos que hacer de comer, limpiar, calcetar y coser, correr, mañana y tarde; ¡es tan exacta mi madre hasta en las pequeñeces!... Y no es que tenga necesidad de molestarte tanto, que bien podríamos valernos como otros muchos: mi padre nos ha dejado un regular haber, una casa pequeña y un jardín á la entrada de la ciudad. Con todo, vivo bastante contenta: mi hermano ha caído soldado, y se me ha muerto una hermanita pequeña: esta niña me ha dado muy malos ratos; sin embargo, los pasaba gustosa... ¡la quería tanto!

FAUSTO. Era un ángel, si se parecía á ti.

MARGARITA. Yo la criaba, y ella me amaba tiernamente. Nació después de morirse mi padre. ¡Entonces creí que mi madre se moría, porque estaba tan enferma! Tardó mucho tiempo en convalecerse, y eso tan poco á poco, que hubo de renunciar á la idea de dar el pecho á la criaturita; y yo sola tuve que alimentarla haciéndole beber leche y agua; era como una hija mía. En mis brazos, sobre mi seno, pronto me tomó cariño, creció y se hizo bonita.

FAUSTO. ¡Debiste sentir entonces una satisfacción bien grande!

MARGARITA. Pero, á la verdad, también tuve muchas horas de agitación. La cuna de la pobrecita estaba por la noche al lado de mi cama, y apenas se movía cuando me despertaba yo. Ya era preciso darle de beber, ya acostarla conmigo, ya pasearla por toda la pieza, porque si no, no callaba. Luego, al amanecer, tenía que ir al lavadero, en seguida al mercado, y así siem-

pre, un día y otro. Con semejante vida, ya veis que no se puede estar continuamente alegre, pero se aprecia mejor la tranquilidad y el descanso. (*Pasan.*)

MARTA. Las pobres mujeres están muy mal por eso: es difícil que un célibe se corrija.

MEFISTÓFELES. Que se presente una mujer como vos, y yo seré mejor, de seguro.

MARTA. Decid la verdad, ¿no habéis encontrado nada todavía? ¿En ninguna parte se ha apasionado ese corazón?

MEFISTÓFELES. El proverbio dice: *Una casa que sea vuestra, y una mujer que sea buena, son preciosas como las perlas.*

MARTA. Yo os pregunto si no habéis obtenido aún favores de nadie.

MEFISTÓFELES. Siempre se me ha recibido bien.

MARTA. Quería decir, si vuestro corazón no ha sentido nunca una simpatía seria.

MEFISTÓFELES. Con las mujeres se debe uno guardar de chancearse.

MARTA. Vaya, no me comprendéis.

MEFISTÓFELES. Lo siento en el alma. Sin embargo, comprendo que... sois muy buena. (*Pasan.*)

FAUSTO. Conque ¿me conociste, ángel mío, así que llegué al jardín?

MARGARITA. ¿No lo habéis echado de ver? yo bajé al momento los ojos.

FAUSTO. ¿Y me perdonas la libertad que me tomé, cuando al salir de la iglesia?...

MARGARITA. Me quedé muerta: nunca me había sucedido una cosa semejante... jamás ha podido nadie hablar mal de mí. Yo me decía: ¡Dios mío! ¿si habrá encontrado en mí algo de descompuesto? Parece que se ha dirigido á hablarme como á una mujer mala.

Pero, no puedo menos de confesároslo, yo no sé qué empezaba ya á inclinarme en favor vuestro : y ciertamente me reproché á mí misma de no haber podido trataros aún peor.

FAUSTO. ¡ Amada mía !

MARGARITA. Dejadme... *(Coge una margarita y va arrancando sus pétalos uno á uno.)*

FAUSTO. ¿ que vas á hacer? ¿ un ramillete?

MARGARITA. No, estoy jugando.

FAUSTO. ¿ Cómo?

MARGARITA. Vamos, os reiriais de mí. *(Deshoja y murmura en voz muy baja.)*

FAUSTO. ¿ Qué murmuras?

MARGARITA, á media voz. Me ama. No me ama.

FAUSTO. ¡ Dulce figura del cielo !

MARGARITA continúa. Me ama. No me ama. Me ama. No... *(Arrancando el último pétalo con dulce alegría.)*

FAUSTO. Sí, hija mía ¡ que la predicción de esa flor sea para ti el oráculo de los dioses ! ¡ Te ama ! *(Toma sus dos manos.)*

MARGARITA. ¡ Tiemblo !

FAUSTO. ¡ Oh ! ¡ no te estremezcas ! que esta mirada, que este ardor con que estrecho tu mano, te digan lo que no puede expresarse : abandonémonos el uno al otro, para gustar mi transporte, que puede ser eterno. ¡ Eterno !... ¡ su fin sería la desesperación !... ¡ No ! ¡ sin fin ! ¡ sin fin ! *(Margarita le estrecha la mano, se desase y huye. Fausto permanece un instante abismado en sus pensamientos y luego la sigue.)*

MARTA, aproximándose. Ya se acerca la noche.

MEFISTÓFELES. Sí, y tenemos que marcharnos.

MARTA. De buena gana os rogaría que os quedáseis por más tiempo : ¡ pero es tan mala nuestra vecindad ! Parece que nadie tiene otra cosa que hacer más que

observar los que entran y los que salen ; y como quiera que uno se conduzca, se hace objeto de habladerías. ¿ Y nuestra joven pareja?

MEFISTÓFELES. Corriéndolo entre esos árboles. ¡ Inconstantes mariposas !

MARTA. Creo que va interesándola.

MEFISTÓFELES. Y ella á él. Así va el mundo.

Una chozuela de un jardín.

(MARGARITA entra en ella corriendo, se esconde detrás de la puerta, y tocando sus labios con el dedo índice mira atentamente por una rendija.)

MARGARITA. ¡ Ay ! que viene.

FAUSTO entra. ¡ Ah ! ¡ bribona, me incitas ! Ya te he cogido. *(La abraza.)*

MARGARITA estrechándole y devolviéndole un beso. ¡ Oh, el mejor de los hombres ! te amo con todo mi corazón. *(Mefistófeles llama.)*

FAUSTO, dando una patada en el suelo. ¿ Quién?

MEFISTÓFELES. Un amigo.

FAUSTO. ¡ Un bestia !

MEFISTÓFELES. Ya es tiempo de separarse.

MARTA entra. Sí, que es tarde, caballero.

FAUSTO. ¿ Me atravesaré á acompañaros?

MARGARITA. Mi madre podría... Adiós.

FAUSTO. ¿ Conque es preciso que me vaya? Adiós.

MARTA. Buenas noches.

MARGARITA. Hasta mañana. *(Se van Fausto y Mefistófeles.)* ¡ Dios mío ! Un hombre como éste en todo piensa y todo lo sabe. Yo me avergüenzo delante de él, y á todo contesto sí. No siendo más que una pobre niña ignorante, no comprendo que puede encontrar en mí... *(Sale.)*

Selva y cavernas.

FAUSTO, *solo*. Espíritu sublime, tú me has dado... todo me lo has dado... en cuanto te he dirigido mis súplicas. No en vano has vuelto hacia mi tu faz de fuego. Tú me has hecho rey de la majestuosa naturaleza y me has dotado de la fuerza de sentirla y de gozarla : no, tú no me hubieras permitido contemplarla sólo con una admiración fría y estúpida ; cuando me has mostrado su profundo seno, como el seno de un amigo. Tú has puesto ante mis ojos la larga cadena de vivientes, y me has enseñado á reconocer hermanos míos en la silenciosa breña, en el aire y en las aguas. Y cuando brama la tempestad en el monte, derribando por tierra los gigantescos pinos, cuyos troncos se chocan con estruendo, y cuya caída resuena como un trueno de montaña en montaña, me prestas un asilo en las cavernas, me revelas á mí mismo, y siento descubrirse las secretas maravillas ocultas en mi propio seno. Á mi vista se eleva luego dulcemente la luna pura, y al través de las rocas, sobre las matas húmedas, veo vagar las sombras pálidas del tiempo pasado, que vienen á suavizar la austera voluptuosidad de la meditación.

¡ Oh ! jamás poseerá el hombre nada perfecto, ahora lo conozco : tú me has dado con esas delicias, que me acercan cada vez más á los dioses, un compañero, de quien no puedo ya deshacerme, y que, frío y desdeñoso, me rebaja á mis propios ojos, y con una sola palabra sumerge en la nada cuantos presentes me has hecho ; ha encendido en mí un fuego atroz, que me impele hacia todas las imágenes de la belleza. Así, paso con transporte del deseo al goce, y, en el goce, suspiro por el deseo.

MEFISTÓFELES *entra*.

MEFISTÓFELES. ¿Aun no os habéis cansado de semejante vida ? ¿Qué placer encontráis en esta monotonía ? Bueno es que se pruebe, mas para pasar inmediatamente á lo nuevo.

FAUSTO. Quisiera que tuvieras que hacer alguna cosa mejor que incomodarme en mis días de bonanza.

MEFISTÓFELES. ¡ Bueno, bueno ! Con mucho gusto os dejaría tranquilo, pero no creo que me digáis eso formalmente. De un compañero tan ingrato, tan áspero y tan loco, no se debe hacer mucho caso, á la verdad. Está uno todo el día discurriendo que le agradará y que le convendrá, y ni aun consigue uno arrancarle una palabra.

FAUSTO. Ese es, ni más ni menos, su tono de costumbre ; quiere que le dé las gracias por lo que me fastidia.

MEFISTÓFELES. ¿Pues cual sería tu vida sin mí, pobre hijo de la tierra ? Yo te he curado por mucho tiempo de los desvaríos de la imaginación ; y sin mí, ya estarías bien lejos de este mundo. ¿Que tienes para que así te escondas como un buho en las cavernas y en las grietas de las rocas ? ¿Que alimento hallas entre el musgo podrido y las piedras mojadas ? ¡ Placer de sapo ! ¡ que pasatiempo tan bello y agradable ! Tienes siempre el doctor en el cuerpo.

FAUSTO. ¿Concibes la nueva fuerza con que esta excursión por el desierto, puede reanimar mi vida ? No ; si pudieras comprenderla, serías bastante diablo para no concederme tal felicidad.

MEFISTÓFELES. ¡ Un placer sobrenatural ! Extenderse por la noche sobre las montañas húmedas de rocío, abrazar con éxtasis la tierra y el cielo, envanecerse